

En Zeebrugge.

Aquí los papeles del señor Herbert de Renich están bastante confusos, lo que se debe evidentemente al estado de espíritu que le dominó a consecuencia de su frustrada evasión. No obstante, algunos días después logró abandonar el Vengador por vía aérea (en aquel curioso hidroavión que él ha descrito) y gracias a la complicidad del *midship*, que le encerró en una caja de herramientas. La continuación de las Memorias del señor Herbert de Renich nos permite comprender la misión tan temible para el almirante von Treischke que había encargado el capitán Hyx al *midship* y a sus hombres.

—¿En dónde estamos?—exclamé yo.

—En Bélgica—me contestó la voz del *midship*. Anquilosado como estaba, salté fuera de mi reducto como esos diablos de juguete que salen disparados por un resorte cuando se destapa su caja.

¡En Bélgica! ¡Estamos en Bélgica! ¡A dos pa-

sos de Luxemburgo, casi en mi casa! ¿No? ¿Sería posible?

Pero el *midship* puso coto a mis manifestaciones y súplicas de explicación.

—No hay que perder un minuto... *Los otros están ya a la obra...* Sólo que no creo que puedan penetrar en Zeebrugge, aun disfrazados como van, hasta dentro de algunas horas. Mientras que usted no tiene que tomar ninguna precaución. Corre usted a Brujas mismo, que está cerca de aquí, va usted a la *kommandatur* y dice que quiere ver inmediatamente al almirante von Treischke, que es una cuestión de vida o muerte para él y para su mujer... Ese es el mejor salvoconducto... Tanto más cuanto que ese querido bandido debe tener curiosidad por tener noticias de la señora almiranta. ¿Comprendido?

—Comprendido. ¿Y qué deberé decirle?

—Todo y nada... Todo lo que pueda salvarlos a él y a su mujer y nada que pueda perjudicarnos a nosotros. ¿Comprendido?

El alegre *midship* no me había hablado nunca con un tono tan severo. Sólo por esto podía juzgarse de la gravedad de la situación.

—Escuche—dije yo—; quisiera que concretara usted...

—No hay que perder el tiempo en discursos... No obstante, quedamos de acuerdo en que ha sido usted, usted solo, querido señor Herbert de Renich, quien merced a su astucia se ha deslizado en esta caja voladora y ha logrado venir a avisar al almirante que se pusiera en guardia. Sólo que además de eso tendrá usted que tener

también la imaginación suficiente para que no se cause ningún perjuicio a mis hombres... ¿Comprende?

—¡Ah! Sí, sí. Ya empiezo...

—Ya era hora. Suceda lo que suceda, nada de prisioneros, ¿eh? Suceda lo que suceda... En el fondo ésta es la parte menos difícil de su tarea, pues no le costará mucho trabajo hacer comprender al almirante que si se toca a mis hombres la suerte de la señora almirante quedará decidida inmediatamente. Por lo tanto, si en algo estima la vida de su mujer (y la de sus hijos, le añadirá usted) y si quiere ayudarle a usted a salvarla, no tiene que hacer nada más que una cosa: ocultarse... Que no se le vea más, que no se oiga hablar más de él... por lo menos durante algún tiempo. Lo mejor que podría hacer sería tomar un tren, sin decir nada a nadie, para un destino desconocido. ¡Adiós y buena suerte, padrecito! Ahí tiene el camino. Brujas, quinientos metros.

Y su dedo me indicaba una pendiente tras la planicie en que había aterrizado el autobús volador.

—¡Ah!—dijo aún—. Aquí estamos en el parque de una propiedad privada. Para salir siga el muro, y al llegar a la verja grítele al centinela: "¡Hyxi!", y le dejará pasar.

Yo me volví aún y le cogí la mano.

—Vele por ella, vele por ella... Haga por su parte cuanto pueda por ella—le supliqué.

—Señor—me dijo con impaciencia el *midship*—, sólo de usted depende el salvarla. Pero

la matará si permanece usted un segundo más aquí...

Yo corría ya.

Cinco minutos después había pasado la verja sin obstáculo y me encontraba en el camino de Brujas, a lo largo del canal de Gante.

Yo pensaba que algunos meses antes mi buena mamá, al entrar los boches en Luxemburgo, había venido a refugiarse con la vieja Gertrudis en un convento de esta ciudad en otro tiempo tan tranquila; pero pronto había tenido que huir de aquellos lugares deshonrados por una furiosa soldadesca siempre de orgía en espera del combate y de la muerte. Tras lo cual, y habiendo recibido buenas noticias de Renich, en donde todo estaba tranquilo, no había encontrado mejor solución que reintegrarse a nuestros penates con su criada...

¡Pobre mamá!... La última carta que había recibido de ella había llegado a mi poder en Madera. En ella se quejaba de no tener noticias mías desde hacía mucho tiempo. A causa de los boches se veía en la necesidad de hablar con precaución de la abominable tragedia que desolaba la tierra, y ella seguiría creyéndome alejado de todo ello! ¡Oh! Si hubiera sabido... Sin duda habría muerto de inquietud y de horror. ¡Me quería tanto! Pero yo contaba con que dentro de unos días tendría la alegría de estrecharla contra mi corazón y referirla, al abrigo ya de las aventuras, todas las que había tenido que atravesar para llegar hasta ella...

¡Mientras tanto era preciso que sin perder

un segundo llevara a cabo mi temible tarea...

Serían aproximadamente las cinco de la mañana cuando topé con mi primer *Werda?* (¿quién vive?) y cuando hube de responder a las preguntas del primer jefe de puesto alemán.

El *feldwebel* (sargento) me hizo conducir inmediatamente a un oficial que se encontraba en la casita de un esclusero en la confluencia de los brazos de Zeebrugge y Ostende del canal de Brujas. Este oficial me preguntó qué uniforme era aquel con que me veía disfrazado, a lo que yo le repuse que no podía contestar a esa pregunta sino delante del mismo almirante von Treischke, que era de absoluta urgencia que viera sin tardanza al almirante y, en fin, que se trataba de una cuestión de vida o muerte para él y para otros muchos.

Entonces el oficial telefoneó a la *kommandatur* y luego me pidió mis documentos. Yo no tenía ninguno. Todos mis documentos de identidad, en efecto, se me habían perdido en el mar durante mi prolongada estancia en él antes de aferrarme a los flancos del *Vengador*.

Declaré que era súbdito luxemburgués y que mi decisión demostraba la lealtad de mis intenciones. Me registraron y no me encontraron ningún arma.

Me preguntaron cómo había llegado hasta allí y por dónde y de dónde venía en último término. Yo volví a contestar que no podía responder nada antes de hallarme delante del almirante.

En fin, di muestras de tal impaciencia, de tal

agitación, afirmando que cada segundo de retraso podía ocasionar una catástrofe terrible, que tras una última llamada telefónica me condujeron a la *kommandatur*.

Allí fui entre dos guardias de corps que no me quitaban ojo y a los que les habían dicho: "Mucho cuidado con él; es posible que esté loco."

¡Ah Brujas, Brujas! ¿Qué habían hecho de ti, Brujas la Muerta?... Ellos te habían hecho revivir, los bárbaros. ¡Y cómo!

¡Ah los beguinatos! ¡Ah el muelle del Rosario! ¡Ah la paz sagrada de las viejas calles adormecidas!... Todo ello revivía, revivía, desde las primeras horas del día con un estrépito incesante de botas y botas y botas... Y autocamiones y cañones y cajas de artillería que desfilaron por el sonoro pavimento con la menor lentitud posible...

Pero dejémonos de lamentos poéticos, ¿verdad? Cada cosa a su tiempo. Este no es el momento adecuado para mostrarse un soñador sentimental.

En la *kommandatur* me encontré frente a cierto *hauptmann* (jefe) que me interrogó con aire enfurecido y me trató de *dumm* (idiota).

Pero yo le repliqué con una súbita y excesiva sangre fría, que pareció producir un excelente efecto, que él sería el responsable de la muerte del almirante y de otras muchas catástrofes incalculables... Y añadí:

—Yo sé que el almirante está en Zeebrugge. Telefonéele que venga en seguida con una es-

colfa muy numerosa o que dé órdenes para que vaya yo a buscarle sin tardanza. En fin, puede usted añadirle que le traigo noticias de la señora del almirante von Treischke.

Tras esta declaración me crucé de brazos y me callé como quien no tiene más nada que decir y ha hecho cuanto estaba en su poder para prevenir una desgracia.

Cinco minutos después, que a mí me parecieron siglos, volvió el indigno *hauptmann* y me dijo que iban a conducirme a Zeebrugge en automóvil, pero que tenía que dejarme vendar los ojos, y que si mi conducta ocultaba malos propósitos, "siempre había tiempo de fusilarme antes de que acabara el día". ¡Magnífica perspectiva para un neutral! ¿Verdad?... Yo me dejé vendar los ojos por un *feldwebel* que entró en el entretanto y que me sacó a la calle tirándome de la manga...

Lo mismo les hubiera sido aguardar a que estuviera en el auto para vendarme los ojos; pero aquellas gentes tenían que cumplir como brutos y al pie de la letra una consigna mal interpretada. Al fin me encontré en el auto y en seguida percibí que partíamos a buena marcha. El trayecto no fué largo.

Pero lo que sí fué larga fué la espera en una pequeña celda como las que se ven en las cárceles y en la que se me había encerrado después de quitarme la venda sin darme la menor explicación.

Allí pasé encerrado varias horas.

Deciros, describiros mi estado de ánimo, mi

rabia impotente, mi desesperación, al pensar en lo que iba a pasar fatalmente a bordo del *Vengador* si el Irlandés se apoderaba del almirante, es cosa que no he de intentar. Básteos saber que había llegado al paroxismo de esos sentimientos cuando al fin se abrió mi puerta.

Entonces apareció un joven teniente de navío, que sacó tranquilamente un revólver de su bolsillo, lo colocó encima de una mesita al alcance de su mano y, sentándose en un escabel, me dijo:

—Estamos solos. Nadie le oirá. Es preciso que me diga usted a mí lo que se ha negado a decir a todos y lo que diría usted al almirante von Treischke.

—¡Imposible! ¡Imposible!—exclamé yo—. Pero ¿es que no le han dicho ustedes al almirante que le traía noticias de su mujer?

—¿Quién es usted entonces?—me preguntó el oficial clavándome una mirada terrible.

—Yo soy de Renich, en Luxemburgo, señor, y conozco desde la infancia a la señora del almirante von Treischke.

—¡Bah, bah!—exclamó él—. Pero ¿no es usted, no sería usted...?

—Yo soy Carolus Herbert, simplemente.

—¡Carolus...! ¡Carolus Herbert de Renich!... ¿Es usted Carolus Herbert de Renich?—clamó el otro como un loco—. Ah, bien, bien! ¡Ah, bien, bien!...

Y desapareció llevándose el revólver.

Yo estaba aún estupefacto de la emoción que había desencadenado con la mera pronuncia-

ción de mi nombre delante del oficial, cuando éste volvió.

—Señor—me dijo—, voy a conducirlo a usted adonde se encuentra el almirante. Voy a conducirlo yo mismo. Se le van a vendar los ojos de nuevo. No interrogue a nadie. No hable a nadie.

Heme ya en el auto. Por fin voy a ver al almirante y podré esperar que no he de llegar demasiado tarde.

El motor ronca; el teniente de navío se ha sentado a mi lado y yo le oigo dar algunas órdenes en alemán. Ya hemos partido. ¿Adónde vamos? Yo creía que llegaríamos en algunos minutos, y resulta que llevamos más de una hora devorando el camino. Yo me arriesgo a hacerle una pregunta al oficial y él me responde que no llegaremos hasta el anochecer.

—Pero entonces—exclamé yo—, ¿es que el almirante no estaba en Zeebrugge?

—No—dijo él.

—Tanto mejor. Cuanto más lejos esté de Zeebrugge mejor será. Ahora, señor, quisiera hacerle una pregunta: ¿se sabe que usted y yo vamos al encuentro del almirante?

—No, señor Herbert de Renich; nadie lo sabe y todo el mundo cree al almirante en Zeebrugge.

—Esas son buenas noticias, señor, y me tranquilizan por completo. Así que he de permitirme hacerle un pequeño ruego. No he comido desde hace muchas horas, y si no le molestara procurarme algún alimento...

El oficial me acercó al punto unos emparedados de que se había provisto, y hasta anochecido no nos detuvimos nada más que para pronunciar algunas palabras de contraseña y tomar alguna consigna.

Sólo al anochecer pude quitarme la venda, y cuál no sería entonces mi estupor al verme en pleno Luxemburgo... ¿Qué significaba esto?

¡En pleno Gutland! ¡En pleno Gutland!... He ahí las últimas casas del Meigen, y ahora corremos hacia Mondorf, y allá, a lo lejos, se recortan en el cielo crepuscular los ribazos que me ocultan el Mosela, ¡y Renich!...

¡Y Renich!... ¡La tierra de mi infancia y de mi amor!... ¡Y de mi dolor!... ¡La tierra en que espera mi madre... o, mejor dicho, en que no me espera!...

Pero ¿qué es lo que iremos a hacer en Renich?

... Y he aquí las primeras casas, los viejos edificios, achacosos como abuelas, de mi querido Renich.

He aquí la casa de mi madre, con sus plantas trepadoras en torno a las ventanas engastadas de plomo. He aquí la piedra del umbral hollada por las generaciones de mis antepasados (yo pertenezco a una familia muy antigua). ¡He aquí la pesada puerta, el sonoro llamador!